



Miguel Moral

Fundación Alfonso Libano Firestone

La OCDE dice en su informe sobre 'El futuro del trabajo' que 2/3 de los niños que entran hoy a primaria, no tendrán las competencias necesarias para conseguir un empleo cuando termine su periodo de formación

Formación y empleo: mejor juntos que separados

Existe una correlación positiva y directa entre el nivel de formación de los ciudadanos de un país, y su desarrollo económico y bienestar social. Pero el proceso formativo de un colectivo tiene algunas características que lo hacen especialmente complejo y problemático en su gestión global. Primero porque a nivel individual es un proceso largo, que en su versión más amplia empieza a los tres o cuatro años de una persona y termina 20 años después a las puertas de un mercado laboral. Eso sin contar con la incidencia de la formación continua, a la que ahora un horizonte profesional tan cambiante, parece obligamos.

No hay producto social cuyo *time to market* sea tan elevado, ni que consuma tantos recursos como la formación. Además, en la materialización de este itinerario formativo intervienen muchos y distintos agentes educadores, -colegios, universidades, institutos de formación profesional, postgrados etc.- de carácter público y privado, local o global, presencial o a distancia, obligatorios o libres, que complican el panorama al estar poco coordinados entre sí, y con visiones diferentes sobre la oferta educativa a ofrecer.

Los gobiernos y administraciones también, conscientes de la importancia del tema, juegan en este patio educativo con las

normas reguladoras y certificadoras de este proceso. Regulaciones que en la mayoría de los casos son cambiantes, parciales, políticamente interesadas. En España, por ejemplo, llevamos ya siete Leyes Orgánicas de Educación en los últimos años, parceladas, además, en 17 competencias autonómicas reguladoras. Últimamente para mayor complejidad, a nivel europeo, Bolonia promueve una estandarización de ofertas que mira más al pasado que al futuro y que no favorece la diversificación ni la innovación educativa.

Este juego de actores, difícil de coordinar o interconectar, desemboca en una evidente falta de visión global, unitaria y a largo plazo del problema.

Otro aspecto importante de la formación, ya desde el punto de vista individual, es su carácter voluntario. Cada persona elige el cuándo, cómo y en qué formarse, optando libremente por las alternativas que le ofrece el mercado. El sistema debería orientar, informar, incentivar y promover una elección de currículo formativo, teniendo en cuenta las capacidades de cada uno, y el enfoque utilitario de su vocación.

Pero lo que realmente debe definir este proceso formativo, que ya estamos definiendo como largo, costoso y complejo, es su carácter finalista. El objetivo global debe ser la inserción

laboral y profesional de la persona en su entorno. Es decir, el empleo. Objetivo de fácil definición, pero de difícil ejecución.

Exige prospectiva, anticipación y liderazgo en los planteamientos y sacrificio, esfuerzo y disciplina en su materialización.

La formación, además, se da en un entorno muy cambiante a futuro, donde aspectos hasta ahora desconocidos de la robótica, la inteligencia artificial, la digitalización, etc., van a afectar a más del 50 por ciento de los trabajos, según el informe de la OCDE sobre *El futuro del trabajo*. Además, las habilidades necesarias y las competencias exigidas para sobrevivir laboralmente en este entorno desconocido y cambiante son totalmente diferentes a las que hoy conocemos. La OCDE dice también que 2/3 de los niños que entran hoy a primaria, no tendrán las competencias necesarias para conseguir un empleo cuando termine su periodo de formación y el Foro Económico Mundial avisa que se necesita desarrollar habilidades y competencias en la educación, más diferentes y transversales que las que hoy conocemos y enseñamos para optar a trabajos que hoy todavía no existen.

Estas circunstancias hacen que la formación para el empleo sea un problema extremadamente difícil de gestionar y que todos los actores implicados tengan una notable pereza institucional para afrontarlo. Un reciente informe del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades señala que casi el 30 por ciento de los licenciados en 2014 no han encontrado todavía empleo y que otro 40 por ciento de ese colectivo desempeña funciones inferiores a su calificación profesional.

Estamos en la tormenta perfecta en el ámbito de la formación. La empresa se queja de no poder cubrir puestos por falta de calificación en los jóvenes egresados, ni que tampoco se le ofrezca formación continua una vez que las personas están en nómina. Las universidades y otros centros de excelencia no se adaptan a los requerimientos del mercado del empleo y por tanto no ofrecen la panoplia de conocimientos habilidades y competencias que se necesitan y, además, se quejan de que la formación básica con la que los bachilleres llegan a la educación superior no es la adecuada.

La educación media, por su parte, la más reglamentada de todo el proceso, no está orientada hacia la elección de carrera o formación profesional de manera que fomente las vocaciones individuales con conocimiento y antelación suficiente. El estudiante, al final de la cadena, no recibe la información, la motivación y el consejo para su larga caminata formativa con la que enfrentarse al empleo, encontrándose desamparado para seguir un adecuado itinerario en su desarrollo profesional.

Es urgente y necesario alinear la educación básica y superior con empresas e instituciones con el objetivo del empleo y de ellas con los requerimientos de un ecosistema global y sostenible. Hay demasiadas incongruencias y distorsiones en el sistema educativo y falta de coordinación como para poner en peligro el futuro de nuestros jóvenes talentos. En la Fundación Alfonso Libano Firestone, desarrollamos un programa para acercar el mundo de la empresa al Bachillerato, FP y Universidades, como una contribución al problema trascendente de la formación para el empleo. El programa se llama *Aulas a la Industria*.

Miguel Moral

Fundación Alfonso Libano Firestone

Es urgente y necesario alinear la educación básica y superior con empresa e instituciones con el objetivo del empleo. Hay muchas incongruencias y falta de coordinación como para poner en peligro el futuro de nuestros jóvenes talentos